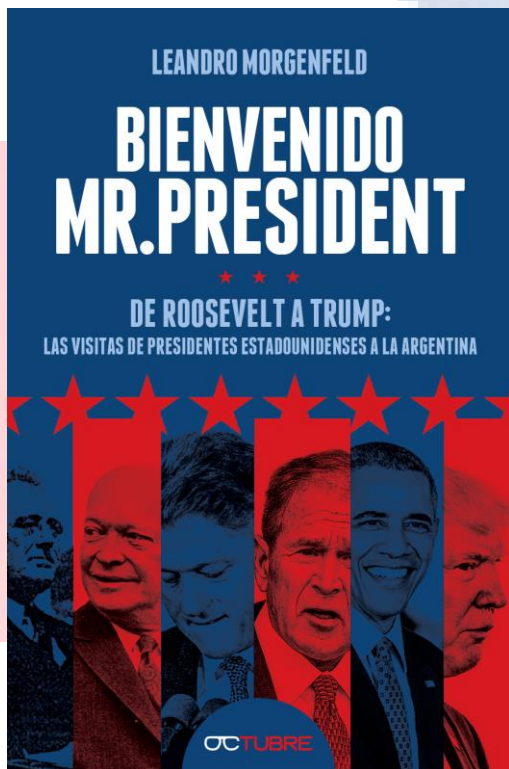


12. Roberto García Ferreira *

Bienvenido a la Argentina Mr. President

Ensayo bibliográfico sobre el libro de Leandro Morgenfeld, *Bienvenido Mr. President. De Roosevelt a Trump: las visitas de presidentes estadounidenses a la Argentina*, Buenos Aires, octubre, 2018, 392 pp., ISBN 978-987-3957-30-7



Poco antes de la celebración en Buenos Aires de la decimotercera reunión de líderes de Estado del grupo de países que

* Universidad de la República (Uruguay). E-mail: robertogarciaferreira@hotmail.com

integran el denominado G20, apareció el nuevo libro del historiador argentino Leandro Morgenfeld, profesor en Ciencias Sociales y Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires e investigador del CONICET. La publicación no pudo llegar en mejor momento pues la obra constituye un bienvenido aporte para pensar pasado y presente de las relaciones internacionales en América Latina en general y, principalmente, de lo que ha sido el histórico vínculo bilateral entre Estados Unidos y Argentina

Pese a que sobre estos temas resulta amplísima la literatura disponible, *Bienvenido Mr. President* no es un trabajo más. Tampoco su autor es un académico tradicional. Para fundamentar ambas afirmaciones me permitiré estructurar este comentario en dos partes. La primera de ellas constituye una reflexión sobre la postura y perspectiva de análisis - fuertemente crítica de los estudios tradicionales de la diplomacia- asumida por el autor para presentar sus argumentos en forma convincente. La segunda busca describir los contenidos del libro, dando cuenta de las líneas de investigación que en él convergen, la metodología y las fuentes que lo sustentan.

Cuestionando relatos tradicionales

El primer punto a destacar es que forma parte y a la vez es el resultado de la incansable labor de un historiador que cumple cabalmente con el ejercicio profesional de escudriñar en los hechos del pasado sin dejar de lado la coyuntura actual

sobre la que efectivamente pretende incidir con su relato científico. Morgenfeld es, en ese sentido, alguien que trasciende los moldes clásicos. Basta consignar el manejo del blog personal y de varias redes sociales donde habitualmente comparte trabajos y análisis como así también amplifica una cuidadosa selección de notas con las cuales se puede seguir parte del acontecer latinoamericano. Esto último no es un detalle menor: la sobre abundancia de información obliga a jerarquizar y afinar, cada vez más, nuestros criterios selectivos.

Por lo dicho una segunda cuestión pertinente es que también esta publicación coloca por escrito lo que constituye una continuada tarea de Morgenfeld dirigida a exponer con una perspectiva crítica de larga duración el acontecer político y los vínculos bilaterales de su país en relación al poderoso vecino del Norte. He aquí otra ruptura. No es común -más allá de la imperiosa necesidad por dotar a las noticias internacionales de un contexto histórico- que el historiador lo haga trascendiendo las audiencias universitarias. De hecho, la mayoría de los colegas privilegia discusiones muchas veces endogámicas, donde lisa y llanamente se presentan los resultados de las investigaciones dentro del estrecho marco de comunidades académicas reunidas en instancias cerradas a los participantes de congresos y/o seminarios. Esta situación se agrava aún más cuando los investigadores exclusivamente producen -es cierto, muchas veces exigidos por parámetros de medición cuestionables para evaluar el avance del conocimiento en las ciencias

sociales- en el marco de exclusivas revistas arbitradas.

La tercera señalización de esta primera parte del comentario pasa por la bienvenida explicitación, desde el inicio del libro, de una postura crítica así como de la imposibilidad de miradas neutrales, algo sobre lo que Morgenfeld escribe: “desconfíen de los científicos, analistas o periodistas que se presentan como neutrales. No existe una mirada aséptica sobre la sociedad. En tanto sujetos, aspiramos a un análisis crítico lo más objetivo posible, basado en datos y evidencia empírica, pero sin ocultar la perspectiva y el punto de vista desde donde miramos, interpretamos y analizamos la realidad. Y tampoco escondemos nuestra voluntad de transformarla” (p. 10).

Cada uno de los apuntes antes expuestos contribuyen a concluir en que los lectores de *Bienvenido Mr. President* deben tener presente que estamos ante algo más que un producto historiográfico: se trata de un esfuerzo intelectual en que las interpretaciones del pasado nítidamente dialogan con el presente y abandonan cualquier tipo de “neutralidad” sin que ello signifique sesgo o ausencia de rigor metodológico.

Las visitas y sus historias

Tras los agradecimientos del autor, el libro prosigue con sendos y sustantivos prólogos a cargo de dos académicos de renombre que conocen bien el campo de las relaciones internacionales. Ambos, además, profesores

de la American University en Washington. Ellos son Cecilia Nahón, ex embajadora de Argentina en los Estados Unidos y Max Paul Friedman, un historiador de prestigio.

El capítulo 1 (“Por qué poner el foco en las visitas internacionales”) e introductorio (pp. 25-44), presenta algunas de las claves interpretativas que guían el trabajo y muestra en el final una tabla ilustrativa con las 23 “reuniones bilaterales” de presidentes de ambos países (pp. 43-44). Seis fueron las visitas recibidas en Argentina y las restantes diecisiete tuvieron lugar en Estados Unidos. Dos de las visitas acontecieron en el marco de cumbres americanas (1936 y 2005) mientras que cuatro de ellas fueron bilaterales. En total, son seis las visitas de presidentes estadounidenses a la Argentina analizadas en el libro: Franklin Delano Roosevelt (1936), Dwight Eisenhower (1960), George H. W. Bush (1990), William Clinton (1997), George W. Bush (h) (2005) y Barack Obama (2016). La última y más reciente de Donald Trump quedó fuera, aunque en el Epílogo (pp. 317-346) y en las Conclusiones (pp. 347-363) Morgenfeld aventuraba algunas reflexiones ante lo que sería su inminente llegada al país en el marco del G20, calificando la misma como de “alto riesgo”.

Aunque existe una importante producción sobre las relaciones entre Argentina y Estados Unidos, la novedad del libro de Morgenfeld es que versa y profundiza en la historia de las “visitas de mandatarios estadounidenses”, un aspecto que ha recibido tradicionalmente menos atención. Como escribe Cecilia Nahón en el prólogo, ellas constituyen una “puerta privilegiada”

(p. 13) para el tema de investigación, a propósito del cual Morgenfeld viene acumulando experiencias desde hace más de una década en archivos de ambos países y siguiendo de cerca -a través de la prensa- el tenor de un relacionamiento que históricamente ha sido relevante dentro de nuestra región. Partiendo de esto, el objetivo del libro es “llenar ese vacío historiográfico, a partir de un enfoque que entrecruza disciplinas como las relaciones internacionales, la historia, la ciencia política, la sociología y la economía” (p. 25).

Trazado el objetivo, queda explicitar el acierto metodológico que subyace a la propuesta del autor habida cuenta de que su labor se aparta de los relatos tradicionales. En ese sentido ostensiblemente Morgenfeld opta por trascender los enfoques clásicos que reducen la política exterior a los “cenáculos diplomáticos”. Por el contrario, prosigue, hoy estos asuntos son objeto de “amplio debate” y generan “cada vez más, reacciones y posicionamientos públicos”. En razón de ello, el trabajo intenta ser un aporte al conocimiento histórico de la relación entre Argentina y Estados Unidos “ampliando la mira más allá del ámbito exclusivamente diplomático” (p. 35). ¿Cómo lo hace? Incorporando la incidencia de los actores internos como un factor también explicativo de la política exterior de su país y, a la vez, visibilizando la capacidad de presión que han podido y pueden en efecto tener, los movimientos sociales.

Este “creciente interés por indagar los vínculos entre las sociedades y la política exterior” no es nuevo y en el libro el autor

coloca a este en un lugar central de la interpretación discutiendo su incidencia. Como Morgenfeld subraya, muy a menudo se muestra cómo los “poderosos suelen recurrir al cabildeo, el lobby o la influencia en el poder legislativo”. No sucede lo mismo en el caso de los actores de menores “atributos de poder”, que se ven obligados a recurrir “a las marchas, las movilizaciones, las acciones callejeras y públicas” para hacer sentir su voz (p. 36). Dicha “interacción entre lo doméstico y lo internacional” es el resultado y como el autor propone, la “síntesis” de dos líneas de investigación que confluyen: la historia del vínculo entre Argentina y Estados Unidos y una más reciente, “abocada al estudio de los condicionantes internos de la inserción internacional y la política exterior argentinas” (p. 36).

A lo largo de la investigación el autor privilegia el estudio de los casos en que “la presión del campo popular se constituye en una variable explicativa que condiciona la política efectivamente implementada” (pp. 36-37). Esa prioridad en el enfoque no deja de tener presente la necesidad de buscar qué expresan esas “demostraciones contra el gobierno de los Estados Unidos”, lo cual constituye una de las interrogantes del libro. ¿Responden a “fenómenos coyunturales” o acaso son expresión de “fenómenos más profundos”? (p. 39). El promedio de confianza hacia el gobierno estadounidense es en Argentina el más bajo de toda América Latina superando incluso a Venezuela, Bolivia, Nicaragua e incluso trascendiendo del denominado “cambio de época” que supuso la llegada de Macri a la presidencia (p. 39). Pese a lo descrito al

inicio de este comentario acerca de la perspectiva crítica y no neutral delineada por el autor, Morgenfeld supera el sinuoso terreno de escribir una historia panfletaria: “las movilizaciones...no expresaron un rechazo a Estados Unidos como un todo ni a su pueblo o a su cultura, sino a su gobierno y, en particular a su política exterior imperialista” (p. 41) e “injerencista” (p. 353).

En el marco de un histórico relacionamiento difícil entre ambos países, Morgenfeld suscribe que las visitas presidenciales suelen tener como “objetivo mejorar la imagen del gobierno estadounidense, tratando de licuar o al menos suavizar ese rechazo o desconfianza expresado por buena parte de la población” (p. 39).

Para los casos que se analizan, imperiosa parecía la necesidad de dialogar con la producción -también amplísima- dedicada a la ideología de la política exterior de Estados Unidos, algo que Morgenfeld tampoco pasa por alto repasando algunas ideas clave como, entre ellas la de antiamericanismo. Esta, citando a Friedman, ha sido una “noción central en la constitución e identidad de los Estados Unidos: la idea de que es son un pueblo elegido para defender la libertad”. (p. 40)

Sustentado en ella, fueron descalificadas las muestras de rechazo que generaron en Argentina las visitas de mandatarios o altos funcionarios de Estados Unidos. Cada una de ellas -capítulos 2 al 7- merece un capítulo, “contextualizándolas, señalando sus objetivos previos, las reacciones que suscitaron y los resultados que arrojaron”

(p. 42). El octavo mientras tanto, cubre otras visitas de alto nivel.

En 1936 le cupo a Franklin Delano Roosevelt transformarse en el primer presidente en ejercicio de Estados Unidos en llegar a la Argentina, como se ve en el capítulo 2, “Una resonante visita que no distendió el vínculo bilateral” (pp. 45-80). Por otra parte, Roosevelt fue el primer mandatario en arribar como presidente en funciones a América del Sur. Su viaje era el segundo de un presidente de ese país hacia América Latina, tras la asistencia del presidente C. Coolidge, en 1928, para participar de la Conferencia panamericana de La Habana (p. 62). No es menor recordar, señala Morgenfeld, la excepcionalidad de aquel periplo de 1936. Primero porque hasta el momento los presidentes estadounidenses “prácticamente nunca viajaban al exterior” (p. 47). Segundo porque la elección de Argentina no era caprichosa: Estados Unidos consideraba a este país como la “llave para abrir la puerta hacia una profundización de la organización interamericana” (p. 62).

Fueron 48 horas intensas, precedidas por una escala previa en Río de Janeiro, donde se reunió con Getulio Vargas (p. 61). El pretexto: participar, en medio de un escenario global donde se presagiaba una inminente guerra mundial, de la inauguración de la Conferencia Interamericana de Consolidación de la Paz que se celebraría en Buenos Aires. Arribó a su puerto el 30 de noviembre. Hubo día feriado decretado por el presidente Agustín P. Justo. Unos cinco mil agentes custodiaron su llegada. La crónica cuenta que hubo

“flores arrojadas a su paso, por miles de manos femeninas” (p. 66). El trabajo de Morgenfeld es rico en detalles para cada visita: ambos presidentes hablaron en inglés por treinta minutos y el visitante fue condecorado por el rector de la Universidad de Buenos Aires. Sin embargo, el hecho más distintivo ocurrió cuando la comparecencia del estadounidense en el Congreso de la Nación. Fue allí, mientras leía su discurso - que estaba siendo transmitido en directo por radio-, Roosevelt fue interrumpido por una fuerte exclamación: “¡Abajo el imperialismo!”. El grito, que quedó registrado en la cinta, provino del joven Liborio Justo, hijo del presidente anfitrión (p. 68). Más allá de esta icónica y desafortunada puesta en escena, en Buenos Aires se enfrentaban dos visiones contrapuestas y dos grandes proyectos.

De un lado, el altivo canciller argentino Carlos Saavedra Lamas (p. 56) defendía un abordaje “universalista” para la región, reforzando la preponderancia de la Sociedad de Naciones. El folleto impulsado por el canciller argentino e impreso para su publicidad antes de la reunión, preveía quitar la palabra americano en los instrumentos ya aprobados y vigentes; también defendía el compromiso con el principio de no intervención en ninguna forma; y una “tregua aduanera” como forma de revertir la “guerra de tarifas” que impedían a nivel global la circulación de mercaderías.

En filas opuestas se encontraba la delegación de Estados Unidos, que acudía con el interés por la aprobación de dos tratados, uno dirigido a la solución de los

conflictos entre los países previendo un Comité Consultivo Interamericano Permanente formado por los cancilleres de los países americanos; y el segundo destinado a formalizar la solidaridad entre los países americanos ante eventuales agresiones extracontinentales (pp. 64-65).

La colisión entre el regionalismo impulsado por Estados Unidos y el universalismo postulado por los argentinos -arrastrando tras de sí a otros países latinoamericanos- fue tan contundente que se evidenciaba hasta en la misma conformación de las delegaciones: mientras entre los estadounidenses no había representantes del mundo de los negocios; en el caso argentino la integraban “importantes miembros” que sostenían y defendían el “tradicional vínculo” con Europa (p. 63).

En definitiva, aquella instancia derivó en un resultado principal y tangible: una “doctrina Monroe al revés... [que] protegía a América Latina del intervencionismo estadounidense” en tanto proponía la colaboración interamericana con la Sociedad de Naciones (p. 74), algo así como “Más Ginebra y menos Washington” (p. 76).

Los enfrentamientos y rispideces abarcaron las dos siguientes décadas y tras ellos, cierto clima de entendimiento propició, en un marco radicalmente nuevo, la siguiente visita de un presidente estadounidense. Ese es el tema del capítulo 3, “La necesidad de aplacar la influencia de la revolución cubana” (pp. 81-115), donde se aborda la también fugaz presencia de Eisenhower como parte de un periplo más amplio que abarcó a Brasil, Chile y Uruguay. La llegada de Arturo Frondizi a la presidencia, indica

Morgenfeld, cambió el tono y la sustancia de la política exterior argentina, siendo inevitable concluir que se trató de una ruptura importante tomando en cuenta los antecedentes históricos (p. 87). Tan fue así que decidió emprender una “visita oficial” a los Estados Unidos en enero de 1959, transformándose en el primer mandatario argentino en realizarla con ese carácter. Además, la misma duró doce días. En sus discursos abandonaba la tradicional sospecha argentina hacia el panamericanismo. Se trataba, en palabras del ex canciller de Frondizi, Carlos Florit, de “poner en orden” la relación con Estados Unidos (pp. 93-94). Empero, la relación bilateral era tan solo una parte de la cuestión: la Revolución Cubana ya desafiaba ostensiblemente al sistema interamericano y tras la visita del propio Fidel Castro a América del Sur en 1959, a inicios de 1960 el que arribó fue Dwight Eisenhower. Buscaba matizar las muestras de apoyo que recibían dentro del hemisferio los jóvenes revolucionarios cubanos. Fue en esos términos que culminó siendo definida su visita a cuatro países del Cono Sur, empleando el pretexto de concurrir a la inauguración de Brasilia (p. 94). Sin embargo, como puede leerse en un importante documento citado por Morgenfeld, el viaje no suponía “negociaciones” ni el presidente asumiría “compromisos” (p. 96). Hoy sabemos que el centro de aquella recorrida estaba en la pretensión de aislar a Cuba.

Frondizi, deseoso de fortalecerse como líder regional, le recibió con los brazos abiertos. Tal pretensión no le correspondía en exclusividad: sus pares de la región

pretendían jugar un papel similar, como puede verse en trabajos relativos a Brasil, Chile, Uruguay, Costa Rica o Colombia, tanto con Eisenhower como más tarde con su sucesor John F. Kennedy. Es muy probable, como muestra el contundente trabajo del historiador venezolano Gustavo Salcedo Ávila, que quien llevara la delantera en ese sentido fuera el presidente de Venezuela Rómulo Betancourt, cuya línea directa con Estados Unidos era tenida muy presente en el país del norte.¹

Eisenhower llegó a Buenos Aires el 26 de febrero en la mañana a Ezeiza. Viaje en helicóptero al lujoso Palacio Bosch, sede de la embajada; almuerzo privado en Casa Rosada y mediando un “itinerario especial” para evitar demostraciones de hostilidad, arribó al Congreso donde pronunció un discurso ante los representantes. Banquete de honor en la noche ofrecido por el presidente Frondizi y “su discurso más importante” (p. 101). Al otro día partió hacia Mar del Plata para recibir las llaves de la ciudad de manos del gobernador para luego, horas más tarde, partir hacia Bariloche donde permaneció dos noches. Allí sucedió algo fuera de protocolo: el presidente argentino fue invitado por Eisenhower a volar en su propio avión presidencial rumbo a Bariloche lo que dio ocasión para que ambos mantuvieran una “larga conversación” en el trayecto. (p. 103) Fue entonces que se inauguró una tradición que sería continuada más adelante por Bush, Clinton y Obama: jugar al golf. Las

reuniones se sucedieron, además de la mañana de pesca el domingo 28. En ellas Cuba ocupó un lugar destacado: citando en este caso al historiador Robert Potash, “cualquier cosa que la Argentina pudiera hacer para inducir a los cubanos a ser más responsables sería de gran utilidad”. (p. 105) Por la mañana del día 29, Eisenhower partió rumbo a Santiago de Chile donde lo recibiría Jorge Alessandri y más tarde, el 2 de marzo, haría lo propio su par uruguayo Benito Nardone, “Nardote” en el libro. (p. 106)

Treinta años después tuvo lugar la siguiente visita, tema del capítulo 4, “El inicio de las relaciones carnales” (pp. 117-150). El visitante fue George H. Bush quien, de forma similar a Eisenhower, llegaba a la Argentina como parte de un periplo mayor con fugaces presencias en Uruguay, Brasil, Chile y Venezuela. Morgenfeld se refiere con detalle a los protagonistas, los episodios y las frases que no solamente titulan al capítulo, sino que constituyen una marca de época: “No queremos tener relaciones platónicas: queremos tener relaciones carnales y abyectas” sostuvo Di Tella, canciller del presidente Carlos Menem. Más allá de que el anecdotario es bienvenido en el libro en tanto constituye un recurso didáctico muy ilustrativo para emplear en clase, Morgenfeld ofrece un relato convincente y crítico de esa postura que no duda en calificar como “una política externa subordinada a los intereses estadounidenses” (p. 125) “como nunca antes” (p. 147). La ruptura con el pasado era aún más radical si se atiende a que Menem provenía del peronismo. El autor recuerda que fue el primer presidente de

¹ Gustavo Salcedo Ávila, *Campo de batalla de la guerra fría. Los Estados Unidos y la era de Rómulo Betancourt (1958-1964)* (Caracas: Fundación Bancaribe, 2017).

ese partido en “pisar el Salón Oval de la Casa Blanca” (p. 130). La visita de Bush coincidió con el que fue el último levantamiento militar del siglo XX en Argentina. “Contrariando” las recomendaciones, escribe el autor, Bush “ratificó” su visita a Menem, quien aprovechó la “oportunidad para sobreactuar los vínculos con el gran hermano del norte” siendo así “anfitrión del hombre más poderoso del planeta” (p. 137). El operativo de seguridad, “extremo” (p. 138), se justificaba plenamente. En palabras de un enviado especial español, “Bush encontró en Carlos Menem al líder latinoamericano más favorable a su política frente a Irak” (p. 139). Su comparecencia en el Congreso tuvo similitud con la de 1936: los diputados opositores escucharon al visitante “de brazos cruzados” y uno de ellos, Luis Zamora lo denunció “a viva voz” siendo interrumpida su palabra y empujado por otro integrante del cuerpo (p. 140-141). No fueron las únicas expresiones de rechazo, hubo movilizaciones y atentados con “bombas” (p. 144-146). Se trató, en palabras de uno de los analistas entrevistados por el autor, de una “visita bisagra”. Entre los varios elementos que se reseñan, y en este caso según el testimonio de un importante diplomático argentino, Jorge Argüello, “la visita inaugura la adhesión del gobierno argentino al llamado Consenso de Washington” (p. 149).

El apartado que sigue se separa siete años y fue protagonizado por la presencia de Bill Clinton en 1997, tema del capítulo 5, “La consolidación del alineamiento: aliado extra OTAN” (pp. 153-187). Nuevamente correspondió a Menem ser el anfitrión y el

arribo del estadounidense estuvo precedido por un viaje previo del mandatario argentino a Estados Unidos. Uno de los temas principales pasaba por el proyecto del ALCA, cuya iniciativa se había iniciado en la cumbre de las Américas de 1994 aunque tenía un precedente en la Iniciativa de las Américas propiciada por Bush en 1990 (p. 156). La idea fundamental pasaba por “consolidar el dominio económico de Estados Unidos en el continente” sostiene el autor (p. 158), lo que implicaba responder a las necesidades del “capital estadounidense” (p. 158). En dicho contexto, Menem había demostrado ser un socio y cooperante importante: en esa clave puede leerse el “éxito” en “trasladar su diplomacia interpersonal de Bush a Clinton” (p. 166). Los debates de entonces implicaron tratar la posibilidad de que convivieran dos proyectos regionales bien distintos, el ALCA -bajo la égida estadounidense- y el MERCOSUR, en este caso una iniciativa de integración surgida al sur del continente. Existía cierta “tensión” (p. 176) al respecto en la cancillería argentina señala Morgenfeld, obviando en su consideración destacar que el MERCOSUR era algo más que el Palacio San Martín e Itamaraty: también eran parte del proyecto los socios menores del bloque, Paraguay y Uruguay. Clinton evitó asistir al Congreso. Sí hubo viaje al sur, al igual que Eisenhower. Otra pequeña variación fue la “diplomacia del tenis”, que sustituyó a la “diplomacia del golf” (p. 180). No estuvieron ausentes los mutuos elogios, regalos, y tampoco las protestas, cuyas movilizaciones dieron lugar a enfrentamientos con la policía que derivaron en más de doscientos

manifestantes detenidos (p. 181). Pese a ello, en términos de lo que era la “diplomacia interpresidencial” menemista, la visita bilateral de Clinton -junto a su esposa Hillary, quien arribó con una agenda propia- fue “un éxito” ya que “no generó tanta conflictividad interna” (p. 185). Para finalizar, supuso la incorporación de Argentina como aliado extra OTAN, una consecuencia más de la “continuidad de las relaciones carnales” y, más importante, como un dato elocuente del “amplio consenso general que todavía tenía la construcción de la hegemonía política neoliberal expresada por el menemismo” (p. 186).

Ocho años más tarde, cuando le cupo a George W. Bush visitar Argentina en el marco de una conferencia continental, el escenario regional y local era muy diferente. Esos pormenores se describen en capítulo 6, “ALCA, al carajo. Fuera Bush de la Argentina” (pp. 189-226). Es en este capítulo donde mejor y con mayor contundencia se muestra el objetivo del libro pues en el marco de dicha llegada, las movilizaciones “superaron todas las expectativas” (p. 191). La derrota en Argentina del ALCA como Morgenfeld expresa, “significó un hito en la historia de las relaciones interamericanas y expresó una nueva correlación de fuerzas a nivel continental en el siglo XXI” (p. 192). Fue, en términos de política exterior argentina, el “símbolo del abandono de la subordinación a Estados Unidos” agrietando la relación bilateral entre Argentina y Estados Unidos hasta la victoria de Mauricio Macri diez años más tarde (p. 193). En la confección de este excelente capítulo, Morgenfeld

consiguió importantes fuentes, entre ellas los ex diplomáticos Rafael Bielsa y Jorge Taiana, dos protagonistas relevantes de aquellas discusiones. Pese a la elección de Mar del Plata como lugar de reunión a fin de evitar las marchas de protesta, hubo “tres grandes expresiones de rechazo” a Bush y a su proyecto: la Cumbre de los Pueblos, el acto en el Estadio Mundialista y la multitudinaria marcha callejera (p. 211). Todo ello consiguió frenar dicho avance. Siguiendo al autor, “la resistencia del movimiento obrero organizado ... fue un elemento importante para explicar los cambios de posiciones de algunos gobiernos latinoamericanos ... y generó una base de organización y conciencia continental para avanzar en el proceso de construcción de instancias de integración alternativas” (p. 212). Por supuesto, las interpretaciones también se sostienen en el fuerte impacto regional que ya tenía el presidente venezolano Hugo Chávez junto a su par brasileño Lula. Al fin y al cabo, junto a los nuevos liderazgos regionales, fueron más de 500 las “organizaciones sociales, políticas, sindicales y derechos humanos” que congregaron a unas 12.000 participantes de toda América quienes contribuyeron decisivamente al enterramiento del ALCA (p. 217 y 219). Un funcionario de la delegación estadounidense señaló que el presidente Bush se retiró “muy molesto” de Argentina: aquello se lo había tomado como “algo personal, muy personal” (p. 224). El “parteaguas” -citando al analista Pedro Brieger (p. 223)- fue importante y en la próxima década el enfriamiento pautó el vínculo bilateral.

La victoria de Mauricio Macri en las elecciones de fines de 2015 ambientó la siguiente presencia de un presidente de Estados Unidos, tema del capítulo 7, “La cuidada puesta en escena del realineamiento con Estados Unidos” (pp. 227-269). Ella sucedió como parte de una estrategia del presidente Barack Obama para construir un “legado histórico” (p. 229), lo que incluyó la visita a Cuba y el “deshielo” en las relaciones entre ambos países. Además de las numerosas fuentes periodísticas disponibles y de lo cercano en el tiempo, Morgenfeld obtuvo una fuente de singular importancia: Benjamin Gedan, asesor de Obama para América Latina y quien contribuyó decisivamente al diseño de su agenda. Según su testimonio, si bien la importancia de Cuba no se discutía, Gedan subrayó que el viaje a la Argentina fue “más significativo” habida cuenta de que las posibilidades económicas son mayores en este último país que en la isla caribeña (p. 231). Era parte de la tan mentada “vuelta al mundo” de Argentina tras la asunción de Macri, devenido en “líder de la nueva época, el ejemplo a imitar” para las derechas regionales. Según un influyente documento del denominado Grupo Consenso integrado por opositores al kirchnerismo, la Argentina de Macri debía retomar la senda de un país “normal” y “serio”, lo que implicaba no discutir la condición periférica y cuestionar el rol de Estados Unidos como “gendarme global” sostiene Morgenfeld (p. 237). Así, y luego de la visita a Cuba, Obama arribó a Buenos Aires. Elogió a su par argentino y mantuvo una nutrida agenda que fue tan copiosamente celebrada por los grandes medios locales que el autor definió su

actitud como un “embelesamiento mediático” (p. 260).

Por coincidencia, la visita de Obama al país convivía con un aniversario simbólico: el número 40 del golpe de estado de 1976. Ello obligó al presidente Macri, señala Morgenfeld, a sobreactuar un compromiso con los derechos humanos que “jamás tuvo”, y en ese contexto fue que se produjo la entrega de un conjunto de documentos desclasificados estadounidenses referidos a la citada dictadura militar. No hubo discurso en el Congreso -donde el oficialismo era minoría- y Obama optó por suspender una actividad con empresarios programada en la Rural ante fuertes anuncios de movilizaciones de repudio (p. 261). De todas formas, y siguiendo el testimonio del asesor de Obama, el nivel de acuerdos conseguido “fue mucho más allá de lo normal” (p. 262). Algo que el propio presidente Macri destacó al momento de despedir a su par estadounidense: “la comunión de ideas ha sido increíble” (p. 263).

Culminadas las visitas, el libro ofrece dos tramos finales, el capítulo 8, “Otras visitas estadounidenses de alto impacto” (pp. 273-316), un sustancioso Epílogo que adelanta la llegada de Donald Trump (“¿La visita más riesgosa?”) (pp. 317-346) y, como cierre, se condensan una interesante serie de reflexiones que ofician como Conclusiones (pp. 347-363). Es en este tramo final donde Morgenfeld se permite desplegar, a la luz del recorrido histórico reseñado, su opinión en torno a los dos caminos que se abren para América Latina: o la imposición de “gobiernos derechistas” muy proclives a

asumir un “rol subordinado” a los Estados Unidos o la construcción de “una alternativa superadora”, tema que se entiende como “crucial y urgente” para enfrentar con “fuerzas populares, progresistas y de izquierda” la “agresiva ofensiva imperialista impulsada por Trump” en la región (pp. 358-359) y de la cual esta última ofensiva golpista contra Venezuela parece entrañar una nueva modalidad del antiguo patrón intervencionista cuyo legado siniestro en América Latina ha supuesto horror y muerte.²

² Roberto García, “En las entrañas de una contrarrevolución. El golpismo y su legado en América Latina”, *La Diaria Fin de Semana*, 9 de febrero de 2019, pp. 18-19. Disponible en: https://www.academia.edu/38317388/En_las_entra%C3%B1as_de_una_contrarrevoluci%C3%B3n._El_golpismo_y_su_legado_en_A_Latina_9_de_febrero_2019_pp_18_19.pdf